

Una faena física y psicológica de excavador

A digger's physical and psychological work

Luciano Bianciardi
(Grosseto, 1922 – Milán, 1971)

Publicado el 15/07/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Nota introductoria a *Una faena física y psicológica de excavador* de Luciano Bianciardi*

Escritor, periodista y traductor, Luciano Bianciardi (Grosseto, 1922 – Milano, 1971) fue uno de los narradores más agudos y lúcidos de la Italia del Milagro económico. Licenciado en filosofía, intelectual incómodo y reacio a cualquier forma de integración, durante unos años trabajó como profesor de secundaria en Grosseto. Después de abandonar la enseñanza, fue director de la Biblioteca Chelliana de la misma ciudad. Su colaboración con diversos periódicos y revistas fue muy intensa: entre ellos, *Avanti!*, *l'Unità*, *Nuovi argomenti*, *Il Contemporaneo*, *Cinema nuovo*, *Il Giorno*, y también –en el último período milanés, antes de su muerte– en revistas no intelectuales como *Kent*, *Guerin Sportivo*, *Playmen* o *ABC*, para la cual escribe una columna de crítica televisiva.

De fundamental importancia fue, dentro de la experiencia humana y literaria de Bianciardi, la encuesta, realizada con su amigo escritor Carlo Cassola, sobre las condiciones laborales y vitales en las minas de la provincia de Grosseto y sobre la tragedia que supuso la explosión acontecida en una mina de Ribolla en 1954. Como testimonio de aquella apasionada y dolorosa encuesta quedan una serie de artículos publicados por separado entre 1952 y 1954, además del volumen *I minatori della Maremma* (*Los mineros de la Maremma*), escrito con Cassola y editado por Laterza en 1956. La tragedia de Ribolla, la absolución de la empresa Montecatini pese a ser reconocida como la responsable principal de la muerte de los mineros, el cierre de la mina y sus consecuencias sociales, políticas y humanas en toda el área de la Maremma, representan para Bianciardi no solamente una derrota histórica de la clase obrera, sino también una derrota personal, un motivo de malestar y desasosiego. Por ello decide dejar a su familia y su tierra para mudarse a Milán, donde, durante unos pocos años, trabaja como redactor de la recién nacida editorial Feltrinelli, de la que luego sería despedido en 1957. No obstante, mantiene su colaboración con la editorial en calidad de traductor, trabajo que, a partir de esta época, se convierte en su ocupación oficial y en su principal fuente de sustentamiento en Milán, en una difícil situación económica y afectiva.

Traduce más de ochenta libros de distintos géneros: historia, ciencia, actualidad, literatura, etc. Se enfrenta también a la traducción de autores complejos y, en algunos casos, todavía por descubrir por parte de los lectores italianos: Lu Hsun, Jack Kerouac, Saul Bellow, Tennessee Williams, John Barth, Richard Brautigan, Gore Vida, Aldous Huxley, John Berger, Henry Miller, además de escritores ya consagrados de la literatura en lengua inglés, como Joseph Conrad, John Steinbeck, Jack London, William Faulkner, Stephen Crane. Paralelamente al trabajo de traductor, “los domingos, solo los domingos”, Bianciardi escribe sus propias obras: en 1957 publica con Feltrinelli *Il lavoro culturale* (*El*

* Albanese, A. & Nasi, F. (eds.). (2015). *L'artefice aggiunto: riflessioni sulla traduzione in Italia: 1900-1975*. Ravenna, Longo, pp. 246-249. El texto ‘Una fatica fisica e psicologica da sterratore’ se publicó en *Notizie* el 5 de febrero de 1961. También se puede leer en Bianciardi (2008, pp. 873-876).

trabajo cultural), en 1960 con Bompiani *L'integrazione* (*La integración*), y el mismo año con Feltrinelli *Da Quarto a Torino. Breve storia della spedizione dei Mille* (*De Quarto a Turín. Breve historia de la expedición de los Mil*), donde vuelve su pasión por la historia del Risorgimento italiano, que se remonta a la adolescencia.

1962 es para él un año decisivo: Rizzoli publica su novela *La vita agraria* (*La vida agraria*), que consigue un consenso sorprendente por parte de lectores y crítica. En 1964, el director Carlo Lizzani dirige la homónima película con gran éxito. En la novela convergen, transfiguradas, algunas experiencias biográficas de Bianciardi: en primer lugar, su enfrentamiento visceral con Milán, ciudad cerrada e impenetrable, encarnación del llamado 'Milagro económico', el trabajo de traductor del protagonista, la denuncia de la frustrante subordinación de los traductores a los editores, su libertad denegada en nombre de la supuesta fidelidad al texto original, los plazos muy ajustados impuestos por los comitentes, los errores y los deslices causados por el ritmo de trabajo frenético, el desconocimiento de la dignidad intelectual del trabajo, reducido a mero acto mecánico en el seno del aparato productivo general (Ferretti, 2000, p. 58).

Aquí se propone un breve retrato del trabajo del traductor, publicado el 5 de febrero por la revista *Noticias* tan solo un año antes de la *Vita agraria*. Sobre su figura de traductor "artesano", Bianciardi confiesa, con ironía despreocupada y riqueza de imágenes, las "pequeñas satisfacciones", las "pequeñas maldades" y "mezquindades", las "muy infrecuentes alegrías".

Referencias bibliográficas:

- Bianciardi, L. (2008). *L'antimeridiano. Opere complete* (Vols. 1-2). Milán: Isbn-ExCogita.
- *La vita agraria* (M. Ros González, trad.). Madrid: Errata Naturae.
 - (2017). *El trabajo cultural* (M. Ros González, trad.). Madrid: Errata Naturae.
- Ferretti, G. C. (2000). *La morte irridente. Ritratto critico di Luciano Bianciardi uomo giornalista traduttore scrittore*. Lecce: Piero Manni.

Una faena física y psicológica de excavador

La otra tarde vino a verme un joven amigo de hace diez años: en aquella época él debía de tener menos de veinte y yo le enseñaba, sin mayores esperanzas ni por mi parte ni por la suya, la estética trascendental. Ahora está aquí contándome cómo se construyó la presa de Kariba: una contrata de cincuenta mil millones, mil doscientos italianos trabajando, un río obstruido en el medio de la selva para crear un lago dos veces más grande que el Garda. Mi joven amigo trabaja justamente en esa gran empresa de construcciones en hormigón, y tiene mucha ilusión de participar en la colada de una presa grande, un dam, en Persia o en Sicilia, donde sea. De momento construye algún trozo de la Autopista del Sol, y habla con asombro y orgullo de ciertas máquinas suyas como el *motor scraper*, que en un día le abre el costado a una colina tragando de un golpe doce toneladas de tierra. ¿Y yo qué cosa extraordinaria podría contarle? ¿Decirle que traduje *La guerra de Suez*, cientocincuenta páginas, en dos días y dos noches?

¿Explicarle cómo, de la misma manera, se «vertió» al italiano el último libro de Sagan? (Y sería incluso una de las pocas cosas que solo saben cuatro o cinco personas, yo incluido, en el mundo, y que ahora seguro que no voy a contar). ¿Decirle que, durante el año 1960, bisiesto, llené de palabras más de cinco mil páginas mecanografiadas que formaban veintiseis libros?

No, ya no son estos los discursos que asombran a la gente. Mi trabajo es y será un trabajo de artesano, un trabajo minucioso, oscuro y acientífico, siempre aproximado. A parte la máquina que –según dicen– traduce desde el ruso al americano y que parece que es maravillosa, lo demás es producto de la faena de un hombre solo delante de un libro extranjero y del teclado de una máquina de escribir, con una pila de hojas blancas que con fatiga, una después de la otra, se van llenando. No es un oficio aventurero; sus alegrías y sus dolores se ven muy poco desde fuera. Lo mejor que te pueden decir, cuando has acabado, es: «No parece ni traducido». Esto es: eres buen traductor si consigues desaparecer, si no se nota que has metido mano en el asunto.

Las pequeñas satisfacciones: un día, traduciendo del inglés la historia de un joven y de una chica que se conocen, se gustan, haces que se traten de usted hasta lo último, o casi. O también: sobreponer al paisaje extranjero, literario, un paisaje nuestro, auténtico, que has visto de pequeño (una ciénaga bajo la tormenta, por ejemplo) y divertirse intentando que las dos imágenes coincidan.

Las pequeñas maldades: mirar tu autor a contraluz, descubrir sus truquitos y sus artificios narrativos baratos, apostar a que, llegado a la página cincuenta, ya te sabes todo su léxico, contarle las palabras, dos, tres mil palabras, no más. O las pequeñas mezquindades: cuando el discurso se enreda como una serpiente y parece que se va a girar para morderte la mano, trocearlo en pedazos; cuando la frase llega seca y dura como un puñetazo bien dado y tú no tienes en tu cuerpo la misma energía, te abrazas a ella, la retienes por los brazos como un boxeador que tiene miedo al golpe de remate y, mientras, esperas que el árbitro no lo vea.

Las muy infrecuentes alegrías: cuando te encuentras a un autor que escribe exactamente como a ti te hubiera encantado escribir, y por ello te parece que estás inventando y no traduciendo. Como se ve, para hablar de mi trabajo he buscado las imágenes más movidas que podía, pero la verdad no cambia: siempre se trata de una obra aproximada y nunca estás conforme del todo con ella, desde el principio hasta el final. Las dudas y los arrepentimientos se quedan contigo y vuelven en manada después de que el libro se ha imprimado y tú lo vuelves a hojear después de un año, por ejemplo.

Hoy se traduce mucho, obras de cualquier género: narrativa, ensayo, memorialística, poesía. Los «tiempos de trabajo» se vuelven cada vez más apretados, sobre todo si se quiere estar al día de las novedades de éxito. (Nada más acabar de escribir estas pocas notas, tengo que empezar un libro nuevo y garantizar que lo voy a tener listo dentro de dos semanas). Por otra parte, si quieres vivir traduciendo, debes aprender a traducir rápido. Por ello casi nunca puedes volver con sosiego al texto traducido, a distancia de unos meses.

Y si traduces por trabajo no puedes evitar pasar de un estilo a otro, de un género a otro, de un argumento a otro, informarte sobre mil detalles distintos: la geología petrolera, la jerga del hampa americana, la técnica obstétrica, la biología espacial, el sistema tributario inglés, los dialectos italianos (todos estos son ejemplos verdaderos). Es un trabajo artesano también en el sentido de que te obliga a fijarte en seis o siete niveles a la vez: fidelidad al original, pero también uso de un italiano fluido; las notorias comillas según las normas tipográficas de la editorial que te ha encargado el trabajo; preservación del timbre del original, más allá y detrás de las palabras (y si no lo aciertas enseguida, sigues hasta la última página metiendo un fagot donde debería estar un

violonchelo); las teclas de la máquina de escribir que se enganchan y tienen vida propia, especialmente después de cinco horas seguidas de mecanografiado.

Pues sí, hasta ahora hemos hablado de trabajo artesano, pero cabe recordar que traducir es, más que nada, una faena física y psicológica de excavador. Y sin siquiera la ayuda de los *motor scrapers* de mi joven amigo ingeniero. El traductor hace sus «movimientos de tierras» con laya y *barella*, igual que los obreros de la Maremma cuando excavan un canal. La *barella* es un armazón de cuatro asideros; una vez que se ha llenado de barro, un quintal, un quintal y medio, un hombre la levanta por delante y otro por detrás, y así se van a descargarla a lo alto del terraplén. De allí la expresión «compañero de *barella*», que indica al que va por delante tuyo. Hay que saber elegirlo, porque si no se anda al mismo paso y con la misma fuerza en los brazos, el barro se mueve y la *barella* te golpea las canillas. En mi tierra un buen «compañero de *barella*» vale más que un buen compadre.

Yo tengo una compañera de *barella* que funciona bien en mi trabajo cotidiano de excavación traductoria; solo en un par de ocasiones me he machacado las canillas. Por eso no me quejo demasiado; sigo excavando como un obrero de la Maremma, página tras página, libro tras libro; a veces, los domingos, con una botella de vino delante, me divierto cantando una vieja historia, inventando un «desaire». Pero solo los domingos: solo los domingos, para descansar, uno escribe un libro suyo.

Traducción de Paolino Nappi